

Ontología y ética en América

Nerva Bordas de Rojas Paz

I. Introducción

El presente trabajo integra uno de mayor alcance en el que se plantea la fractura ontológica que sufren los pueblos al ser organizados como unidades políticas sumidas en la abstracción, a través de un cúmulo de mediaciones infecundas. Se desatiende su participación plena y efectiva en la constitución y funcionamiento orgánico de los diferentes sujetos plurales a través de lo que culturalmente producen como conjunto. Tal negación ocasiona la desintegración del hombre y su comunidad, al tiempo que provoca la distancia de éstos con sus dirigentes. Planteamos la afección de manera tal que quedan implicadas las unidades políticas del planeta en su conjunto, con efectos diversos según sea el sujeto histórico de que se trate. En este análisis abordaré el tema de la constitución y fractura ontológica experimentada por el sujeto iberoamericano.

A estos fines y como paso previo, señalo el contexto general de interpretación que lo enmarca, para determinar a qué se alude y por qué se plantea la cuestión en el campo de la ética; de qué manera ésta se piensa como ontología y cómo a partir de allí, el problema queda ligado a lo que llamamos justicia originaria.

De este modo, interpretar que lo ético se despliega en un nivel ontológico, implica entender que la acción libre tiene carácter constitutivo del ser y que lo ético se manifiesta en el momento en que la libertad se objetiva como ley. Supone entonces el ejercicio real de la libertad por parte del sujeto que la produce. Su acción concreta resulta así ser efecto de libertad y, en tanto tal, deviene constitutiva. Significa, en síntesis, que la ley ética al ordenar desde la libertad, hace posible salir del caos y, de ese modo, constituye ontológicamente, ya se trate de un individuo o de un pueblo.

Configura así un sujeto real autónomo con función creadora. La libertad a que hago referencia se distancia del concepto de libertad moderna individual y abstracta, que se cierra sobre el individuo absolutizándolo, con toda la gama de ficciones que por su irrealidad se generan. Pone en vigencia un concepto de libertad solidaria, que es leída como real en el encuentro con el otro, en quien no ve un límite a sus apetencias individuales, sino un modo de proyección que lo agiganta, tanto en la experiencia intimista cuanto de conjunto. En esta perspectiva, la ética se instala en un tramado consensual creado originariamente por enlace de voluntades libres que, al resolver tensiones internas, se concretan en una ley que hace a la identidad del grupo, de la que se desprende lo económico, lo jurídico, lo político, lo social, como derivaciones de lo mismo. En este contexto, la justicia originaria toma carácter sustancial, pues supone inexcusablemente el reconocimiento del nivel ético y la posibilidad de su ejercicio efectivo. La negación ética representa la negación ontológica y de justicia. Los tres términos resultan intercambiables.

La fractura ontológica que se sostiene, aparece cuando se impide a los pueblos constituirse y obrar éticamente, es decir, como se deja señalado, en término de decisiones libres que tomen cuerpo en una ley expresando de tal modo una justicia originaria. En la presente reflexión me propongo atender a la problemática de la constitución de nuestro sujeto iberoamericano, acceder a las causas que han originado la escisión en su ser, intentando hacer visible el camino que permita el reencuentro con su sí mismo.

Comenzaré por analizar la génesis ontológica de América para plantearnos con qué legitimidad y bajo qué supuestos es posible hablar de lo americano como conjunto cohesionado, concebirlo como instalado en un fundamento común que dé cuenta, al mismo tiempo, de la diversidad cultural de sus componentes. Esto implica delimitar la interacción entre lo uno y lo múltiple, accediendo al juego de la identidad en la diferencia. Revelada la experiencia de fractura que aquí se sostiene, intento puntualizar sus efectos concretos, para situarnos en un plano de afirmación que recupere lo negado y permita instalarnos en el contexto de justicia originaria arriba señalada.

II. Génesis ontológica iberoamericana

Partiendo de su nombre, América es símbolo de advenimiento: tierra conquistada por el español que se abre a la recreación de un sujeto nuevo donde se mezclan nostalgia y aventura, negación y afirmación, exterminio y génesis, desde los cuales se van nutriendo sus mitos, fábulas, religión, lengua. Génesis salvaje donde median los que se han adueñado del espacio y del tiempo bajo el amparo de Dios, y aquellos otros para quienes el tiempo y el espacio son densidades extrañas cargadas de dioses y demonios, dueños de la realidad con quienes hay que participar en un juego de conjuros. Es un nacimiento sangriento y poético, donde tanto el que llega cuanto el que está son absorbidos por la naturaleza y la imaginación fabuladora. Un caudal de posibilidades se abre como inauguración; despierta un futuro sobre un pasado que es reabsorbido en otro. El continente es sometido en dos direcciones antagónicas: un norte sajón y un sur ibérico. La primera va teñida de exterminio por un lado y recreación del espíritu europeo moderno, por el otro. Se conforma un sujeto que nace a la diversidad desde el mismo fundamento que trajo de origen; se define como conquistador, categoría que mantendrá como constante futura. Desaparece el conquistado. La segunda resulta mezcla trágica donde se combinan la aceptación de un destino con la fuerza de lo humano, mediado aun por la voluntad divina. Dioses y mitos componen este mundo como un entorno de referencias que señalan lo bueno y lo malo, que tejen y traman éticamente, que funda ciudades y pueblos, que echa raíces, que hace de la tierra su abrigo: más allá de su voluntad, el conquistador ha sido conquistado. Tensiones de opuestos que se conjugan por sobre la conquista: muerte y transfiguración. La lengua es revelación poética y, en tanto tal, se hace cuento que se asocia al destino; la realidad antes que ser, significa. Resistencia y génesis perseveran. Sus aliados: naturaleza, lengua, religión; sus enemigos: explotación, violencia, dominio. Lucha tensa en un sujeto nuevo que al mismo tiempo que afirma transfigura resumiendo vertientes que se docilizan en tal resumen; ella va haciendo cultura; en tales condiciones se gesta como sujeto ético. Así se dan los elementos constitutivos básicos.

Nos reconocemos en él, afianzado en su capacidad sintetizadora que hace posible que las vertientes que confluyen hacia su sí mismo se vuelvan otro reformuladas como propias. Música, literatura, costumbres, van emergiendo como testimonio de identidad, como multiplicidad que logra volverse uno; fuerza inagotable de quien ha logrado un domicilio en el mundo que le pertenece por amalgama de dioses, sangre, naturaleza y espíritu desde el cual lo hace habitable y lo reengendra. Aún no acabada su síntesis, da nacimiento a formas políticas incipientes y propias que se definen a medida que actúa; teje éticamente, “bárbaramente”; ahí está su positividad, con ello va haciendo real su diferencia. De allí nace el vigor de sus luchas por la libertad. Ni español, ni europeo, ni indígena, y todos ellos al mismo tiempo: americano. A esta situación originaria se irán agregando los aportes inmigratorios posteriores, de diferente tipo según las distintas regiones, pero manteniendo las categorías originales comunes a toda América: enorme vocación sintetizadora, enraizamiento y adopción de este suelo como propio. El inmigrante y su descendencia resultan acriollados y se reabsorben en la personalidad americana, interpenetrándose recíprocamente.

En esta génesis ontológica interpretamos a Iberoamérica como una unidad de sentido. Esta vieja afirmación no es petición de principio, está avalada por una experiencia concreta resultante de un fundamento originario común, dentro del cual se enmarcan identidades y diferencias, tal como paso a analizar.

El punto de partida nos sitúa en una geografía y una matriz histórica común. Un espacio compartido sobre el que se despliega un mismo sujeto conquistador avasallante, no afectado de modernidad, protegido por un Dios que convoca a la salvación universal; hace del continente conquistado una realidad unificada por una misma aventura. Desde esa fibra central sobre la que se debate nuestra trama interna, se abren tres caminos:

a) el primero va hacia un fundamento genético primordial, un nacer originario común, que delimitará el alcance de un pronombre como sujeto único que resume una única metáfora. Se alude a las semejanzas.

b) el segundo se dirige hacia las formaciones culturales particulares. Se alude a las diferencias.

c) el tercero conduce hacia la elevación de lo particular al todo, conscientes de la imposibilidad de alcanzar un fin que se agote en el sentido singular. Se alude a la integración.

Estos tres caminos son tres movimientos que implican:

1.- Partir de una génesis común.

2.- Diversificarse en los desarrollos particulares, en los que cada pueblo urde su gesto cultural único e intransferible.

3.- Enlazar lo particular comprendiéndolo como integrante de un todo. Este despliegue interpreta a nuestra América como mancomunidad; respetada cada particularidad en su ser, partícipe de un fundamento común sobre el que se crece, pide volver hacia una totalidad que es recomposición sintetizadora que abre a tareas conjuntas.

Abordaré los tres caminos arriba señalados como Semejanzas, Diferencias e Integración.

a) Camino de las Semejanzas

1.- Nombre, espacio e impronta histórica

Estos tres elementos fueron ya señalados al comienzo, como punto de partida no discursivo que avala nuestro intento de globalidad desde el origen. Constituye el primer nivel a partir del cual es lícito sostener una homogeneidad gobernando el conjunto.

2.- Mestizaje y poder de síntesis

Esta determinación es la que, con relación a su ontología, asume el carácter más propio, subsistente con rasgos profundos en la actualidad. El hombre ibérico trae una cosmovisión ecuménica y produce su fusión con el nativo, dando origen a un nuevo tipo de hombre: el criollo. Se caracteriza por la mezcla y su importancia y magnitud toman fuerza cuando se la enfrenta con otras actitudes de conquista definida desde una separación que ha llevado a la desintegración de los pueblos. Tal la actitud, en general, de la conquista sajona en los diversos continentes.

Mencionamos la dualidad inicial de esta conquista española donde se asocian exterminio y génesis originando polos de contrarios que marcan o definen el nuevo prototipo humano: violencia y amor; devastación y fundación; humildad y soberbia; inocencia y astucia; resignación y rebeldía; interés y gratuidad. Maceración compleja hacia una expresión nueva, que se manifiesta como ambigüedad. La gran fuerza de América es esta capacidad de abrigo que recibe y recrea: negro, cobrizo, blanco, amarillo, resumidos bajo una virtud condensadora donde no hay exclusión sino reabsorción y nacimiento. Esta capacidad de abrigo actúa como enorme poder de síntesis. Su energía es tal, que sus hijos la proyectan donde van, encontrándose implicado en ella, hoy día, el inicialmente puro conquistador sajón de América del Norte.

La mezcla toma matices diversos según las zonas, más densa en unos pueblos que en otros, con mayor o menor marginación, datos estos que hacen más bien a la particularidad, como se verá luego. La semejanza en el origen las instala en un mismo fundamento y las proyecta desde él hacia nuestro tiempo. En este contexto aparece la decisión de vivir como núcleo productor de símbolos originales que se nutren de una misma raíz definida desde el mestizaje, donde han quedado reabsorbidos nativo y conquistador, deviniendo otro. Sintetizar lo diverso constituye el gran poder de nuestra América. En él descansa la capacidad creadora que hace posible recibir diversos elementos para ser reformulados y devueltos uno. Desconocer el resultado de esta facultad sintética creadora,

imponiendo modelos históricos extraños a la voluntad común, conduce a su desarticulación general y afecta su crecimiento efectivo. La experiencia de negación del sí mismo mestizo, nacido de decisiones éticas, es un dato común a todas las naciones americanas, tensionadas entre la voluntad de ser de sus pueblos y la que los conduce a una institucionalización abstracta según un modelo exterior de homogeneización planetaria. Ya se trate de la persistencia en afirmar un indigenismo a ultranza o un europeísmo sin matices, se está frente al mismo error: suponer la autonomía genética de cada una de las raíces que confluyen en su formación prescindiendo de la capacidad sintética que le es consustancial y que realizan los pueblos más allá de determinaciones apriorísticas, síntesis que interpreto como no acabada y aún en pleno proceso de elaboración. Dar cuenta de eso nuevo es un principio movilizador en nosotros que exige ser profundamente reflexionado. Así, por ejemplo, la negativa de los pueblos a ser incorporados sin más al proyecto de una Europa moderna o postmoderna no es sino la defensa de una interioridad que no quiere ser invadida indiscriminadamente y desconocida en su especificidad. La insistencia en la aplicación de tales proyectos que intentan hacer de América lo que no es, la ha fracturado en su ser alterando su ontología: agudizan una crisis que impide un desarrollo genuino. La aplicación de planes “claros y distintos” obliga remitir el mestizaje al mundo de las tinieblas. Se enfrentan dos modos de entender el mundo sostenidos en fundamentos originados en experiencias históricas disímiles. En América es otra la relación con lo divino, la naturaleza, el prójimo. Forjada desde la mezcla y la síntesis vive de manera diferente el sentido del hombre y de lo humano en general, otro sentido del espacio y del tiempo, otra imagen del destino, otro alcance de la riqueza y el trabajo, de lo matematizable, del juego y de la fiesta...

Es preciso no ceñir la comprensión de lo mestizo y darle el amplio margen con que la realidad lo produce. Compromete al indígena que ha devenido otro al influjo de la lengua y otros dioses, al europeo que pierde su ortodoxia enfrentado a otra lectura del mundo, a las diferentes razas y credos que se instalan en un suelo que les brinda amparo. Todos son reabsorbidos como emergentes de identidad.

Planificar, modelar o proyectar sin atender esta categorización sustancial es caer en el vacío. Las experiencias históricas de los pueblos no son intercambiables y tampoco lo son las estrategias sobre las que se decide cómo habitar el mundo.

3.- Religión y lengua

Estas dos determinaciones nos presentan un sujeto que nace mancomunado en su Dios y el habla. Un mismo Dios único asume el lugar de los viejos dioses indígenas remitidos a un mundo no institucionalizable, pero que sigue actuando como presencia subterránea, dando un matiz que hace perder al Dios nuevo su pureza de origen. Significa que la retirada de los viejos dioses no es absoluta. Quedan en el aire y la memoria sin ser institucionalizados. Cristo toma un color cetrino y se inserta en un mundo que no ha desalojado lo demoníaco. Se produce la americanización de los santos, sus ritos y fiestas y nace una simbología autóctona. Incorporada masivamente al cristianismo, asume la experiencia de la libertad cristiana a la que hace real. Un hombre responsable de su obrar, forjador de su propio destino que al mismo tiempo participa del plan divino con el que debe armonizar. Desde él su libertad es encuentro amistoso con los otros y lo creado. América niega la experiencia de libertad que hace el hombre moderno, encausada por un liberalismo dogmático, que lo vuelve esclavo de un yo absolutizado, en soledad autosuficiente, en acendrado individualismo. Y niega en consecuencia toda estructuración de su sí mismo que sea concebida sobre los parámetros de tal libertad. América vive una libertad participativa, pues entiende el mundo participando con sus mitos, dioses, naturaleza y los demás hombres. Podría llamarse el modo americano de la libertad cristiana, abierto a lo otro de sí, lejano a la experiencia de la Europa moderna.

Y se unifica también a partir de una misma lengua, de raíz ibérica, que el mestizo incorpora como elemento válido de comunicación y comprensión del mundo, que al propio tiempo recrea novedosamente. En esa recreación se implicitan conquistador y conquistado, lo nativo y lo extraño. De ese modo, reasume un mundo bajo una visión nueva, al influjo de esa otra expresión que

organiza y lo organiza, en un juego de vivencias compartidas. Proust es quien subraya cómo el hablar puede convertirse en una manera de vivir. Su exploración hace luz sobre el concepto de hombre y de lo social subyacente. América en su conjunto, a través del mismo idioma, traduce una forma de existencia que opera como fundamento común desde el cual emergerán las manifestaciones propias de cada nación. Recogemos las palabras de Humboldt cuando dice que “la lengua no es un simple medio de comunicación sino la expresión del espíritu y la concepción del mundo de los sujetos hablantes...”. Al mismo tiempo el lenguaje participa del acontecimiento ético dentro del cual son activos creadores ya que no sólo es instrumento de comunicación con el otro, –dentro de la cual aparece señalado un modo de la relación– sino que es núcleo de realización individual y del grupo. De ahí el devenir otro que asume el mestizaje.

Ambas determinaciones han penetrado en la constitución ontológica de América y de ese modo sus pueblos participan en su conjunto de un mundo nuevo, pero que conserva las raíces ancestrales de aquellos que lo han originado y que debe reformular. Ni moderno ni postmoderno sino auténtico formador de sí mismo.

4.- Sometimiento

Punto de partida común que define la experiencia genérica de un continente sometido por una misma conquista, productora de un sujeto nuevo tensionado por sus diversos componentes. Ese sujeto busca su libertad, definir su identidad y quiere hacer real la posibilidad de elaborar decisiones acordes con ésta. Desde sus orígenes afronta la lucha como tarea de conjunto que desarrolla sobre la base de un gesto filial, gesto que define la relación entre los pueblos americanos. Las luchas independentistas son afrontadas como problema común. San Martín, Bolívar, Martí son nombres de unidad continental. Luego de tales luchas aparecen nuevos factores de sometimiento que las condicionan en su desarrollo y poder decisorio, constituyendo un dique a la conformación de su identidad real. Esta circunstancia recae sobre toda Iberoamérica y este siglo XX

las encuentra en condiciones menos favorables que las del siglo pasado para acceder a su liberación, pues, disociados, dispersos y desmembrados luchan de manera aislada e individual sin la fuerza de un todo.

5.- Relación filial

Éste es el modo peculiar de relación entre los pueblos de Iberoamérica. Constituye un rasgo central y conduce a otro específico: la carencia de voluntad imperial entre ellos, lo cual no significa carencia de luchas sino que éstas tienen carácter fratricida y tratan de alcanzar soluciones en términos de hermandad. Numerosas de esas luchas han sido y son provocadas al amparo de intereses extranjeros al continente.

Este punto resulta de importancia trascendental, pues es un dato que hará factible alcanzar la recomposición de cada nación en un todo homogéneo que se propone en este trabajo como inc. c) de este punto II referido a la génesis ontológica americana.

6.- Fractura ontológica

El reiterado intento de incorporar nuestros pueblos al proyecto europeo moderno desoyendo su vocación de libertad, fue consumado en el siglo pasado en lo que llamo la segunda conquista: su constitución como sujeto político en la negación de su ser originario, sobre la base de instituciones que no han sido construidas históricamente como obra propia. De ese modo resultaron fracturados en su ontología, divididos en dos sujetos irreconciliables, uno ético y el otro ideado como institución formal. Esta fractura ontológica constituye, a mi juicio, el eje sobre el que gira el grave problema de crecimiento iberoamericano. Será analizado en especial como punto III.

b) Camino de las diferencias

Sobre el fondo común de las semejanzas van apareciendo las determinaciones particulares alrededor de las cuales se nuclean las identidades de cada uno de los integrantes del todo. A través de acciones éticas, los pueblos generan núcleos culturales autóctonos y autónomos. Una misma raíz resulta desimplicada en objetivaciones diferenciadas donde cada sujeto armonizando naturaleza y espíritu, da vida a su propia imagen trascendiendo aquella indiferenciación primera para determinarse como singularidad. Las semejanzas devienen esencializadoras en el encuentro con las fuerzas internas. Paso a analizarlas desde su expresión particularizada.

1.- Nombre, suelo e historia

América resume una totalidad desde la cual van tomando nombre propio los núcleos constitutivos de cada pueblo. Con él trascienden hacia su individuación y reconocimiento y adquieren presencia desde esa imagen verbal. En cada pueblo, comunidad, nación, el nombrar también lleva la impronta de la mezcla, confluyendo las viejas raíces con aquellas otras recientes. Del mismo modo, el suelo continental se abre a cada comunidad, asentando en la geografía experiencias que interactuándose dan cuenta de un modo de ser privativo. Y es también sobre el telón de la historia común que emergen las historias diversificadas, como relatos que se van gestando a partir de personajes míticos o actuales o ambos a la vez, materiales e inmateriales, vivos o muertos que recogen el nombre propio y asumen la defensa de lo que han creado y se ampara en dicho nombre. Buscan encontrarse a sí mismos, que es un modo de encontrar la libertad. Constituye una ardua tarea de cada uno y de todos al mismo tiempo. Sólo ha sido ganada la primera batalla: el relato independentista del siglo XIX. Queda aún un largo camino por recorrer hasta alcanzar el final de ese relato no acabado, que quiere ser raigal y propio y que encuentra a cada pueblo aislado en su delimitada entidad.

2.- Mestizaje y poder de síntesis

Señalamos estos caracteres típicos aunque no exclusivos de América en general, y ahora vemos que ellos alimentan las formaciones correspondientes a cada nación, según los modos y niveles con que participan y que varían según la realización de cada una.

La mixtura está referida no sólo a lo humano como combinatoria de razas, sino que incluye la composición de lo natural y lo cultural en las modelaciones originales. A partir de mezclas no homogéneas, los resultados son dispares. Las diferencias adquieren un carácter intrínseco, dan nacimiento a interioridades diversas y es sobre él que se van formando los diferentes modos del ser americano. Desde una mayor o menor resistencia a la incorporación de lo nuevo, se originan pueblos que, permaneciendo fieles a su núcleo originario, no quieren participar de otro modo de interpretar el mundo. Ello se da en grados diversos, desde quienes parten de una negación absoluta hasta aquellos otros que la asumen de manera más profunda, reacomodándola a su interioridad. La realidad muestra una multiplicidad de variantes sobre las que se ha ido construyendo cada nación americana, atendiendo a su propia alquimia.

En todos los casos la vuelta hacia cada sí mismo, su capacidad reflexiva tiene carácter conflictivo exigiendo un esfuerzo que está representado por las tensiones sin resolver y las fuertes negaciones internas y externas que oscurecen y constituyen vallas de crecimiento y obstáculos a su posibilidad de ser.

3.- Religión y lengua

Vimos en el camino de las semejanzas, cómo estos dos elementos decisivos en la caracterización de una comunidad han sido reinterpretados culturalmente. Ahora abrimos su sentido hacia la experiencia específica de cada pueblo asentado en aquella significación común inicial.

Lo religioso adquiere en cada manifestación una sustancialidad que se nutre de los tonos populares de cada lugar. El modo americano de la libertad cristiana se encauza a través de los diferentes pueblos haciendo de su práctica religiosa un algo propio distintivo. Con mayor o menor estímulo por parte de las instituciones gubernamentales, con mayor o menor influencia de los dioses locales prehispánicos, con distinciones dentro de lo mismo, en América “el absoluto chapotea entre nosotros”, al decir de Rodolfo Kusch. Es un dato innegable la influencia que lo trascendente deposita en las diferentes culturas. En cada uno aparece la creación de símbolos, ritos, santos propios del lugar que dan cuenta de un ejercicio arraigado e independiente que responde a una necesidad de carácter local y que escapa a una generalización abstracta.

La lengua es quizás el elemento primordial para hacer ver con mayor claridad el alcance de las distinciones dentro de lo mismo. Acentos, tonalidades, giros idiomáticos, americanismos, hacen diverso el mismo idioma, individualizan sus pueblos, lo enriquecen desde la libertad de los hablantes, haciendo real la fuerza popular como fuente primordial y dan cuenta de la capacidad creadora, originaria y artística de estos sujetos plurales, que no pueden concretar en su vida política.

4.- Otros elementos

Además de los ya señalados, existen otras determinaciones como costumbres, mitos, leyendas, símbolos, arte, todos ellos producto y causa al mismo tiempo del desarrollo de cada interioridad. Ella resulta reflejada en diversas actividades en las que libera su imaginación, y les imprime el carácter que define éticamente cada sujeto. El deporte es, en este sentido, quien da testimonio no sólo de aquel poder de síntesis señalado en los puntos 2 del camino de las semejanzas y el de las diferencias, sino este otro donde la estrategia del juego es proyección de una estrategia de vida que le imprime su personalidad. Esto es así, sobre todo, en los juegos o deportes colectivos. El fútbol, rugby, polo, etc. son deportes de origen extranjero, que han sido sintetizados por nuestros pueblos y al hacerlo los

han vuelto suyos. Les han impuesto un estilo que es efecto de una manera de ser. Aparecen como medio identificatorio de un pueblo. Se puede hablar no sólo de un fútbol “sudamericano” (que en realidad hace referencia a Iberoamérica ya que queda incluido Méjico), sino que aún con mayor penetración es posible hablar de un fútbol “argentino”, “brasileño”, “peruano” o “mejicano”, y con ello se alude a un modo de expresión popular. Lo extranjero ha sido traducido como un otro propio y peculiar, resultando revelador de un espíritu colectivo. Se delimitan de este modo el juego de lo universal y lo particular.

5.- Sometimiento y fractura ontológica

Aquí también nos encontramos frente a un hecho de carácter común y que en cada pueblo toma formas singulares. Se conecta de manera inmediata con la historia de cada uno y es objeto de un análisis especial llevado a cabo en el punto III.

c) Recomposición del todo a partir de las diferencias

Las formaciones individuales en América han tomado la modalidad de un desmembramiento. Cada país, al girar hacia su interioridad, se ha desgarrado del conjunto. Aislado y encerrado en su sí mismo, exigido por la atención a su propia recomposición, fracturado ontológicamente, se ha desatado formalmente del lazo común e intenta solucionar sus crisis internas por sí. La mirada de sus clases dirigentes hacia Europa retarda toda posibilidad de atender a las cuestiones que afectan su estructura, provocando culturas desfallecientes. El movimiento que aquí se propone como necesario busca enlazar las particularidades llevándolas a la recomposición de un todo en una integración que actúe como elemento de potenciación de cada una desde el conjunto. Sin desatender cada país en su peculiaridad, más aún, como medio para su fortalecimiento, se precisa formar un sujeto ético continental iberoamericano que acentúe el crecimiento y sirva de valla protectora a sus expresiones culturales, políticas, económicas, aprovechando

la fuerza de las semejanzas. Decir ético significa ir más allá de organizaciones formales como las ya existentes, de probada ineficacia, para afirmarse sobre acciones concretas en términos de ontología continental, en el sentido que se dejó bosquejado en la introducción del presente trabajo.

La reflexión atiende a la relación parte-todo, la cual aleja de una homogeneización abstracta y niveladora para crecer desde una particularidad integrada.

En el Congreso Internacional de Filosofía, llevado a cabo en la ciudad de Córdoba de nuestro país en el año 1987, un profesor de nacionalidad boliviana manifestó en su ponencia la idea de que su pueblo debía ser comprendido desde sus categorías privativas, de las cuales destacaba la de lo "silente," en lugar de ser sumido abstractamente en la concepción de "lo latinoamericano," que no permitía atender a lo propio de cada país. Esta referencia permite analizar los efectos de un planteo que parcializa la visión del problema. Es innegable la razonabilidad de la proposición si se la ubica en el nivel que atiende solamente a cada país en su sí mismo. Como supone detenerse en él, clausurando allí otros caminos factibles, el resultado es quedar anclado en el punto de las distinciones individuales, lo cual significa una limitación que impide un desarrollo enriquecedor. El movimiento exige ser continuado para que cada nación, sin dejar de ser lo que es, tome la fuerza del todo. Lo privado, agotado en su sí mismo, pierde el poder cohesionante de una universalidad concreta. Es factible alcanzar esta última porque existe un suelo común desde el que se ha crecido: las semejanzas de origen operan como núcleo reuniente. No se trata de una mera unión para y desde lo económico, sino desde lo ético-político, donde lo económico resulta su consecuencia.

Señalé en otro trabajo que el movimiento ético se desarrolla en tres instancias: hombre, comunidad y mundo. Detenerse en cualquiera de ellas produce la atonía de aquélla que es absolutizada y la atrofia de las restantes. La constitución de un sujeto ético americano es, por otra parte, sólo un momento en la constitución de un sujeto ético mundial, que supone el consenso participativo real y no abstracto de los pueblos.

III. Fractura ontológica

Según se viene afirmando, una comunidad que articula su ley constitutiva sobre decisiones éticas y por tanto libres, y alcanza su institucionalización coincidiendo con su orden genético, concreta su posibilidad expansiva en plenitud. La transgresión a este principio significa violencia en el ser y provoca su fractura ontológica, dividiéndolo en dos sujetos antagónicos: uno real y otro abstracto, o no ético, impidiendo el desarrollo de su sí mismo en autenticidad. Ésta es nuestra realidad iberoamericana y el punto sobre el cual se llama la atención como problema inexcusable para intentar nuestra recuperación. No se trata de atender solamente a cuestiones simplemente económicas, políticas o sociales a través de soluciones de superficie, sino que es necesario afrontar esta afección estructural profunda.

Queda delineada una ontología iberoamericana, señalándose su especificidad. Partiendo del obrar positivo del sujeto ético se delimitó el desde donde de su identidad, su vigor y su fuerza. Asimismo resultó subrayado aquello negativo que, según da cuenta la perspectiva de este trabajo, lo desestructura y vuelve impotente. La pregunta por la verdad de su frustración conduce a buscar aquello que opera como distorsionante, constatando que la misma cuestión no afecta sólo a una parte, sino a la totalidad de las naciones. Este último dato pasa a ser el hilo conductor: algo de lo cual todas participan la produce más allá de las historias particulares. Su afección es ontológica: todas arrastran desde su origen el ser negadas como sujeto libre productor de cultura e interpretadas como objetos que deben ser adosados, en tanto objetos, a un proyecto de otro suelo, del que no participan ni han gestado y que se vuelve arquetipo a seguir. Se intercomunican en la negación de su eticidad, fundamento de su ontología, siendo organizados institucionalmente en función de tal desconocimiento, aplicando modelos históricos ajenos. Sobre la base de la alucinación moderna sufrida por quienes los organizaron, se reniega de una eticidad sustancial núcleo de identidad que supone invalidar lo elaborado culturalmente a través de una historia negando un pasado y todo lazo raigal. Desde esa alucinación se institucionalizan nuestros

pueblos según los principios del estado moderno, el constitucionalismo liberal y el código napoleónico. De ese modo un sujeto amnésico conduce el sujeto ético con el propósito de que deje de ser lo que es, a través de un sujeto político ficticio, opuesto al real como propone Sarmiento, según lo expresa en el *Facundo*: "Hay necesidad, pues, de una sociedad ficticia para remediar esta desasociación normal". Subrayo lo de ficticio. Lejos de ordenar éticamente la supuesta desasociación recurre a una ficción que permite aplicar el proyecto de vida moderno que, en tanto elite autoritaria, decide imponer como modelo ejemplar, anulando la voluntad ética común. Desde un poder despótico, una dirigencia tributaria de la modernidad, somete de modo coactivo a los pueblos americanos a un modelo de vida que resisten. Y crecen en esa resistencia. Su fuerza interna impidió y sigue impidiendo que se los aniquile, pero no que se concrete su fractura. Recorrer el mapa y la historia americana es verificar el divorcio entre el sujeto cultural por un lado y el ficticio por el otro. Todas sus naciones fueron sometidas en su estructuración política al mismo proyecto. El *Martín Fierro* es el canto doloroso de la fractura ontológica y frustración común a Iberoamérica.

Hablar de un sujeto fracturado ontológicamente implica comprenderlo esquizofrénico, actuando sobre dos realidades disímiles, sustentadas al mismo tiempo y en oposición por los dos sujetos señalados. El sujeto cultural sigue en su obrar una línea de gestación ascendente representada por un juego de libertades que se encuentran y que en el encuentro se agigantan haciendo el camino que conduce al espíritu de una pluralidad. Fracturado, lo concreta en la resistencia y el desequilibrio y aun en la ilegalidad. Así se forma desde las sombras, a despecho de las instituciones y muchas veces contra ellas. Un resultado ético se alcanza después de resolver tensiones internas, quererles que se interpretan generando un dinamismo creador incesante de base consensual; sobre él se esencializan produciendo las complejas síntesis que aglutinan al tiempo que reformulan todo elemento heterogéneo; incorporan así lo compatible y rechazan aquello que lo afecta. En América esta tarea se realiza a contrapelo, en la más profunda de las ambigüedades, escribiendo una historia no oficial. Todo sujeto plural busca expresarse político-institucionalmente como uno, de manera que sus organismos

sean despliegue de su interioridad. Esta instancia es negada en América provocando su fractura. Aparece entonces el segundo sujeto desentendido del primero que sigue una línea de gestación descendente, de arriba hacia abajo, en ejercicio de un poder abstracto. De este modo, aquel sujeto que laboriosamente va creando una identidad, que le exige aún resolver oposiciones internas, en un proceso no acabado de su constitución real, es llevado a formas políticas que, como copias reacondicionadas, producen un efecto de confusión devastador. Esas formas actúan sin duda como prótesis innecesarias, diques de contención para un desarrollo autónomo y libre.

Interpreto inconsistente sostener que el sujeto ficticio viene a llenar un vacío existente ante nuestras carencias fundantes. Se afirma la carencia para justificar la aplicación de un proyecto extranjero sobrevalorado en desmedro de nuestra interioridad. La tesis se desarma frente a la fecundidad de nuestros pueblos en sus producciones culturales, dentro del espacio donde no puede ser coartado en su libertad. No es una fecundidad declarativa sino real, evidenciada en sus obras concretas. Ellas la definen conformando una identidad originaria, atestiguada por sus gentes, sus muertos heroicos, las luchas colectivas, sus objetivaciones culturales.

Plantear la frustración desde la fractura ontológica permite distinguir nuestra realidad en su riqueza y su pobreza y tomar distancia de la tesis desarrollo-subdesarrollo que desorienta al fijar el campo categorial fuera nuestro. Asimismo nos reubica en nuestra positividad, aquello que nos define y ha sido desechado pidiendo ser objeto de una reflexión atenta al modo de interpretar el mundo, de hacer ciencia y técnica según nuestra visión y necesidades. Esta negación ontológica arrastra la imposibilidad de organización en lo económico, lo político o lo social en términos de justicia. Es por ello que el desconocimiento del sujeto ético y la consiguiente impotencia para conformar su ser político en función de su propia ley constitutiva, ligada a su ontología, demanda atender a cuestiones de fondo y no meramente formales.

Las consecuencias de nuestra constitución en el desarraigo se proyectan tanto sobre el individuo cuanto sobre la sociedad, siendo aquí fieles a Platón cuando reproduce en el alma del hombre las virtudes de la ciudad. El primero vive en la desorientación y, al ser educado sin raíces y en la negativa de lo propio, deviene promotor directo consciente o inconsciente de un proyecto ajeno; se experimenta aislado, exiliado en su tierra, bifronte, participando –en el mejor de los casos– ocasionalmente de una democracia abstracta a través de la emisión del voto. La segunda opera escindida, desestabilizada, a merced de golpes militares, dependiente, depotenciada política, social y económicamente.

A pesar de que las evidencias nos muestran países escindidos, malogrados y sin posibilidad de crecimiento autónomo, subsisten las iniciativas que ya desde el siglo pasado vienen dando resultados negativos, conduciendo hacia esta frustración. La idea sigue siendo reinsertarnos en proyectos de vida que no hacen sino profundizar nuestro ser en el desarraigo. Insistir en esquemas liberales o neoliberales, modernos o postmodernos, que hoy sus creadores históricos desechan, implica mantener intacta nuestra condición de dependientes. Se interpreta que el mal de América es no haber sabido ser suficientemente moderna, cuando en realidad el mal surge al querer hacerla moderna, violando su decisión intrínseca, su ley ontológica. Su fracaso, objetivado en la pobreza, los males endémicos, sus carencias, su infelicidad en sentido aristotélico, revela una voluntad pertinaz en querer ser ella misma, negándose a ser copia fiel o infiel.

Demuestra una fuerza cultural poderosa, defendida cotidianamente desde el hombre común, resistiendo un poder coactivo avasallante que le impele ser otro. Prueba su voluntad de ser fiel a sí misma, a una identidad que es capaz de recortar con autenticidad y que va delineando trabajosamente, por la que lucha a fin de ser libre. La meta es organizarse como polis atendiendo a sus decisiones seminales y el impedimento es violencia en su ser, fractura ontológica.

Nuestro planteo se sostiene en la afirmación de que los pueblos elaboran su propio destino desde su núcleo fundante, a partir del cual delimitan un modo

de interpretación sobre el que crecen, el cual resulta intransferible. Son creadores y al serlo pueden asimilar experiencias externas para lo cual previamente deben haber pasado por su tamiz ontológico para reformularlos como algo propio. Si lo externo es impuesto autoritariamente, significa sometimiento y profanación del ser. El resultado es la quiebra y la desestructuración interna.

Anulada la sabiduría popular, queda una intelectualidad abstracta actuando en el vacío, como tejido sin fibra. Restaurar nuestros pueblos en términos de identidad, llevando las instituciones a ser despliegue de su interioridad operando como estímulo para un desarrollo verdadero, es el primer nivel de una ardua tarea que requiere recomponer el camino errado, a fin de que emerja aquello que fue destruido y negado. La tarea demanda que el sujeto pensante coincida con el cultural, sobre quien pesa la decisión de ser. Desalojados de una justicia originaria por una imposición coactiva, su reinstalación es punto de partida para la recomposición de nuestros sujetos plurales.